

Dr. Aureliano Oyarzún

Historia del desarrollo de la Anatomía Patológica en Chile⁽¹⁾



L año de 1879 señala el comienzo de una era de progreso para nuestro país.

Las victorias de la Guerra del Pacífico favorecieron las actividades nacionales y, entre ellas, las de la medicina.

Volvían entonces de las universidades alemanas los médicos enviados allí por el Supremo Gobierno, que pronto iban a representar entre nosotros a los maestros de esos institutos extranjeros.

El primer servicio que prestaron a su país fué al Ejército en campaña, que combatía en los cálidos desiertos del Perú, introduciendo en él el método de Lister en la cirugía, que reemplazó al ominoso cerato y a las hilas de la Colonia.

De los que se habían dedicado a las ciencias anató-

(1) Discurso que debió haberse pronunciado el 14 de Abril de 1934, con motivo de la inauguración del Instituto de Anatomía Patológica de la Universidad de Concepción, la que no tuvo lugar por razones imprevistas de última hora.—L. a Redacción.

micas, mencionaré a los profesores, Vicente Izquierdo Sanfuentes y Francisco Puelma Tupper.

Me es honroso recordar en este momento a estos ilustres maestros y amigos, de quienes recibí la base de mi educación médica y que tuve la suerte de acompañar varios años, como ayudante de sus cátedras en la Escuela de Medicina de Santiago.

La acción de estos profesores ha permanecido indeleble en las ciencias anatómicas de Chile y su nombre aparecerá siempre ligado a ellas en la historia de nuestra medicina.

Izquierdo y Puelma fueron los introductores del microscopio en Chile, instrumento que, como se sabe, revolucionó a las ciencias naturales de la segunda mitad del siglo XIX, particularmente a la medicina.

Perfeccionado por Zeiss, con el descubrimiento de una nueva pasta para la confección de los lentes, reemplazó a las hechas antes con el Krown y Flintglass, que descomponen la luz del espectro.

Y a este propósito, permítaseme referir un caso sucedido en 1876, en uno de los patios del aula universitaria de Santiago. Empeñado, nuestro buen profesor de química orgánica, en demostrar a sus alumnos la estructura de un grano de almidón bajo el microscopio, les dió allí cita para el primer día de sol de verano, a las dos de la tarde. Tanto por la falta de técnica del profesor, como por la descomposición manifiesta de la luz del instrumento óptico, fracasó la demostración proyectada.

Ya en función las nuevas cátedras de Histología Normal y de Anatomía Patológica, que, dicho sea de paso, fueron de las primeras establecidas en las escuelas de ese tiempo, el profesor Izquierdo elevó su enseñanza a un alto grado de perfección, sin hacerla práctica desgraciadamente, en manos de sus alumnos.

Demostró, en el primer año del curso, la estructura de los tejidos del cuerpo humano, incluyendo los del sistema nervioso, que eran desconocidos entre nosotros.

Izquierdo, como su maestro Waldeyer, de quien fuí también discípulo, era un artista en la disección anatómica, la microscopia, el dibujo y el arte de enseñar.

De carácter tranquilo y afable, se reveló pronto un eximio pedagogo.

Daba sus lecciones en la casa universitaria.

Puelma, gran maestro como Virchow, era, al contrario, de carácter inquieto, listo y chispeante en el discurso. No reparó jamás en las preocupaciones influenciadas, todavía, con el resabio de la Colonia ni con las conveniencias sociales de su tiempo. Conservó, sí, siempre la dignidad del caballero y el respeto por los hombres.

Al elegir el estudio y la enseñanza de la Anatomía Patológica, bien pudo haber contribuído a ello su carácter franco y luchador.

El pobre edificio en que funcionaban entonces los cursos de anatomía normal y patológica, era más bien un pesebre del Hospital de San Juan de Dios, conocido con el nombre de Escuela de Medicina.

No había allí más que un pequeño auditorio, un viejo galpón con tres mesas de disección y un par de cuartos para guardar las preparaciones y utensilios de uso diario.

Los cadáveres se depositaban en el suelo de otro cuarto perteneciente al hospital, donde las ratas a menudo daban cuenta de los órganos más salientes del cuerpo.

La lluvia de invierno, que traspasaba las tejas del galpón, era contenida por el paraguas de que iba provisto cada estudiante con este objeto y se preservaba del lodo que corría a sus pies, encaramado en un trozo de ladrillo que la suerte le deparaba en cualquier parte.

Las moscas del verano, siempre presentes en la disección de cadáveres, y las mulas del corral vecino con sus coces a estos incómodos insectos, no pocas veces interrumpieron las lecciones del profesor.

Ya, entonces, se tomaron al azar los cadáveres destinados a la clase de anatomía patológica, ignorándose su procedencia, y, con mayor razón, su diagnóstico clínico, pues, puede decirse que en esa época no se hacían todavía los protocolos de las enfermedades.

El recordado profesor de clínica interna, señor Jermán Schneider y el profesor, señor Wenceslao Díaz, de la asignatura similar, fueron los primeros en introducir en sus salas las llamadas «observaciones», o sean, las actas del curso de las enfermedades.

Venciendo, Puelma, las dificultades materiales que se presentaban para dar sus lecciones, pudo, al fin, conformarse con lo que la casualidad ponía a su alcance.

Careciendo aún de instrumentos, un señor de apellido Zulueta, amigo y compañero suyo de estudios, más afortunado en los negocios de minas que en el ejercicio de la profesión de médico, le obsequió un laboratorio para sus primeras necesidades.

Así, pues, cuando me tocó ser su alumno ya pasaban por la vista de los estudiantes los casos más variados de la patología, llamándonos principalmente la atención la tuberculosis, los abscesos hepáticos y la poliformia de la disentería.

Eran tan comunes estas enfermedades en aquel tiempo que había salas en los hospitales casi exclusivamente destinadas a ellas.

Para qué mencionar el conocimiento que luego hicimos de las meningitis, neumonías, peritonitis, tumores, etc., tanto en el cadáver como en el microscopio.

Como una curiosidad del tiempo y del empeño de Puelma para procurarse cadáveres para su clase, voy a recordar aquí la autopsia de don José Flores, llamado popularmente «Don Pepón» por su corpulencia.

Comerciante de baratijas en una casa colonial de la calle Huérfanos, casi esquina N. O. del Pasaje Matte, fué en vida cliente de Puelma, y, una vez fallecido, supo llevarlo a la mesa de autopsias de la calle de San Francisco para continuar el estudio de caso tan extraño.

La epicrisis proclamó el diagnóstico de macrosomia. ¡Era algo! No se conocía entonces la acromegalia!

Conocida años después esta enfermedad, tuve la oca-

sión de hacer la autopsia de una corpulenta muchacha que se exhibía en un circo.

Su cráneo, sacado sorprendentemente del cementerio, fué a parar a manos de un zenobita, que, asustado probablemente de su extraño porte y forma, se deshizo pronto de él. Se exhibe hoy en los anaqueles de un instituto antropológico europeo.

Las necroscopias de Puelma y el examen macro y microscópico de los órganos correspondían rigurosamente al método de enseñanza de Virchow. El fué, por lo tanto, el introductor, en nuestra naciente escuela, de la anatomía patológica. Conste, entonces, que sólo desde esa época se estudian en Chile los males del hombre en el cadáver, con orden y método, levantándose, al mismo tiempo, el protocolo respectivo.

Antes de Puelma, se abría a martillazos la cavidad del cráneo y sólo se examinaba superficialmente y sin ningún criterio, aquella parte del cuerpo que se creía enferma, sin preocuparse de lo demás. Se procedía, pues, como en los tiempos más antiguos de la Colonia.

Pero como los tísicos eran los clientes más constantes de la clase, luego nos dimos cuenta de la importancia del capítulo de los granulomas, tan diestramente trazado por Virchow y sus discípulos. Cou ello vimos claro en el campo de la antigua discusión sobre la dualidad de la tisis, que se resolvió luego en favor de la unidad, proclamada definitivamente con el descubrimiento del bacilo de la tuberculosis.

Fué Izquierdo el primero en demostrar la presencia

de este pequeño micro-organismo y la del gonococo en las secreciones y tejidos del cuerpo.

Puelma, por su parte, la de la sépsis de las heridas, y, en una Memoria publicada con su nombre, la de las relaciones microbianas de la disentería con los abscesos hepáticos.

Siguiendo en el campo puro de la anatomía patológica, conocimos las nefritis, las degeneraciones, entre ellas, la amiloidea, descrita por primera vez en Chile por Puelma, etc., y aun parte de las lesiones cerebrales y medulares, aprovechando los progresos que se hacían día a día en la Anatomía y Fisiología de los centros nerviosos.

Con su ayudante, el doctor Alcibiades Vicencio, dió a conocer, además, los equinococos en el hombre.

No olvido tampoco que en aquel tiempo, en que empezábamos a balbucear la palabra bacteriología, Puelma, conociendo sin duda las discusiones de Pasteur y Koch, sobre la etiología de la pústula maligna, conservaba cuidadosamente en su laboratorio un frasco con sangre seca, proveniente de un animal muerto de esta enfermedad, y en la que, observando bajo el microscopio, con una fuerte lente de inmersión, creíamos ver ciertos cuerpos redondos, renfringentes, o sea, las famosas esporas, cuyo nombre y significado no nos fué dado descifrar. Recuerdo, sí, que diluída esta sangre en agua e inyectada en un cui, éste se moría al poco tiempo, apareciendo en su sangre unos bastoncitos, parecidos a

diminutas varillas de vidrio, pero cuyo significado tampoco supimos interpretar.

No llegaron más allá nuestros conocimientos sobre hechos tan importantes, que, aclarados tan diestramente por Koch, le dieron nombre, y fundó con ellos la bacteriología.

Ocupando después el puesto de Vicencio, como ayudante de Puelma, estudié en su laboratorio la elefantiasis de los árabes, la macroquilia, la embolia grasosa de los traumatismos óseos, el *Trichocephalus dispar*, la cisticercosis humana, etc.

Vi luego en mi nuevo puesto, la necesidad que había de dar unidad a la enseñanza del ramo, ayudando al estudiante con un texto de consulta apropiado. Pensé en traducir al castellano el «Manual de Anatomía Patológica» del profesor Orth, tarea laboriosa en esa época, por no disponer ni de un editor ni de un traductor competente del alemán.

Sin embargo, Manuel Lobos, joven argentino vecindado en Santiago desde hacía muchos años, como director de una imprenta, y mis amigos, Francisco Fonck, muerto tempranamente por el cólera, y Eduardo Hoffmann, reputado ginecólogo, residente hoy en Valparaíso, tomaron a su cargo la tarea de empezar y llevar a buen término este trabajo.

Junto con haber hecho, por la Navidad de 1886, su aparición el cólera en el villorrio de Santa María de Aconcagua, tuve el honor de ser comisionado por el Supremo Gobierno para dirigir allí la lucha contra esta

enfermedad, estudiarla y establecer su diagnóstico anatómo-patológico y bacteriológico, si era posible.

Ya he dicho el estado en que se encontraba entonces la bacteriología en Chile y lo poco o nada que sabíamos de los microbios. Apenas si habíamos leído algo sobre el viaje de Koch a la India y conocido sus resultados, pues, recién empezaban los médicos de entonces, a recibir visitas extranjeras para mejorar su instrucción.

Una Memoria enviada al Supremo Gobierno con diez protocolos de autopsias que confirmaban la existencia del mal, y la comunicación de haber cultivado en gelatina el bacilo coma, con mi amigo y colega, doctor Guillermo del Sol, fueron el resultado de mi misión a Aconcagua.

Comisionado después para trasladarme a Europa a estudiar higiene, bacteriología y anatomía patológica, tuve la honra de conocer personalmente, y oír las lecciones de Koch, Virchow, von Recklinghausen, Ehrlich, Weigert, etc., y a muchos eminentes profesores de clínica interna de Alemania, a quienes hoy, en el ocaso de la vida, recuerdo siempre con cariño y profundo agradecimiento.

Nunca olvido que fueron ellos también los que me enseñaron a amar la ciencia y cultivarla según sus métodos, que jamás me han desviado de la verdad.

Vuelto al país, merecí el honor de reemplazar en su cátedra a mi profesor y amigo, Francisco Puelma Tupper, quien, desilusionado de la lucha que había mantenido, durante tantos años, en su cátedra sin conseguir el

fruto de sus deseos, cedía el campo a su antiguo discípulo y ayudante.

No tardaron en presentarse al nuevo profesor las conocidas dificultades de las clínicas, negando la autopsia de sus cadáveres o de los deudos que, *Deus ex machina*, no permitían se ultrajara así el cuerpo de sus seres más queridos.

Siguieron haciéndose, pues, como antes, las autopsias de los tísicos, que, traídos muchas veces de hospitales lejanos, debían hacer un descanso en la suntuosa Escuela de Medicina de la Avenida de la Independencia, de paso para el cementerio, para contribuir tal vez con un posible contagio de tuberculosis a los disectores de anatomía normal y estudiantes de anatomía patológica.

Estas molestias, que se hicieron con el tiempo extensivas a los mismos alumnos, concluyeron con la renuncia del titular, que fué reemplazado por el señor Westenhöffer de Alemania.

Se hizo cargo de su cátedra este nuevo profesor, en mejores condiciones que sus predecesores, aunque luego tuvo que luchar también con los prejuicios del tiempo, prefiriendo, al fin, volverse a su patria.

Durante los años de mi profesorado continuó desarrollándose la enseñanza en las mejores condiciones que fué posible atenderla, siguiendo rigurosamente los métodos ya instituídos por mi antecesor, agregándoles solamente los trabajos prácticos de microscopia.

Se organizó definitivamente el Museo, ya empezado años atrás por los profesores de anatomía normal, con

colecciones de monstruos humanos y de animales, cálculos biliares y vesicales, egagrópolis y piedras bezoar, esqueletos patológicos, etc.

Se trajeron de Europa vasos de vidrio de todos tamaños y formas para las piezas patológicas, que, conservadas por el método de Keyserling, dieron buen resultado en la enseñanza.

Se formó la Biblioteca, empezando con la antigua edición original del libro de Morgagni, los conocidos grandes atlas de Cruivilhier, Lebert, Rayor, etc., textos antiguos y modernos, concernientes al ramo y revistas, como los archivos de Virchow, Anales del Instituto Pasteur, etc.

La sección de bacteriología fué dotada con los instrumentos apropiados para este ramo.

Adquirió, por fin, el laboratorio los microscopios necesarios, a fin de que cada alumno dispusiera de uno de estos delicados instrumentos para sus trabajos en el laboratorio.

No se les dió micrótomos, imitando la práctica de los institutos alemanes de ese tiempo, del de von Recklinghausen, principalmente, que hacía los cortes microscópicos con una simple navaja de afeitar, sujetando el objeto en estudio, endurecido en alcohol, entre el pulgar y el índice de la mano izquierda, y dos trocitos de hígado amiloideo, endurecidos también en alcohol, o bien, de médula de saúco o del cardo que crece en nuestros caminos, al lado de las tapias.

Sólo en caso de urgencia se recurría al micrótopo de hielo.

Como colorantes y reactivos de los tejidos se usaron el carmín de Gerlach, el Lugol, el ácido acético y la potasa. Sólo más tarde se introdujeron la hematoxilina y los reactivos de Golgi y Cajal para el sistema nervioso y las anilinas para los microbios.

Poco a poco pasó así la enseñanza de la Anatomía Patológica a los laboratorios de las clínicas y a la práctica profesional de los médicos, con lo que quedaba definitivamente fundado este ramo de las ciencias médicas en Chile, suministrando a los institutos que se valían del microscopio, como el de Higiene y Forense de Santiago, los municipales de provincia, etc., etc., alumnos preparados en esta nueva disciplina.

La sección bacteriológica del Instituto de Higiene, fundada por el que habla, dió a conocer en ese tiempo varias enfermedades de los animales, como ser: la tuberculosis de los cerdos y de las vacas, los equinococos, la actinomicosis, la triquinosis, etc., etc., trabajo este último que mereció un estudio completo de mi discípulo y amigo, Dr. Poupin.

Aconteció así, que con el conocimiento de la relación de las enfermedades entre el hombre y el animal, se estableció el examen microscópico de las carnes de consumo en los mataderos de la República.

Y la misma Anatomía Patología, que había puesto en claro la relación de los abscesos hepáticos, con la disentería, la frecuencia del bocio endémico y otras en-

fermedades infecciosas, obligaron a las autoridades a adoptar las medidas concernientes a extinguir estos males por el establecimiento de la canalización y agua potable en todas las ciudades de la República.

Y, al decir esto, no olvidemos que en aquellos años trabajaba el Instituto de Anatomía Patológica de Santiago con escasos recursos y que sus directores no tuvieron más mira para sus trabajos que la satisfacción de servir a su patria con una tan exigua remuneración que más vale no recordarla en este momento.

Por lo que a mí toca, doy por bien empleado mi tiempo y mejor compensada mi modesta contribución de saber, considerando el grande e inmerecido honor que me dispensa hoy la floreciente Universidad de Concepción, al inscribir mi nombre en una de las salas de su brillante Instituto de Anatomía Patológica.

Deseando que estos ligeros apuntes sirvan a los jóvenes que me escuchan, para que no olviden que practican un ramo que fué de difícil introducción en el país, tanto por las responsabilidades que de él se derivan, como por el medio hostil en que actuó, estén siempre preparados para hacer frente a las dificultades que se les presenten en su camino.

Un diagnóstico anatómico aclara la epicrisis clínica, ayuda un procedimiento médico quirúrgico, un fallo de la justicia, etc., etc.

Es deber del anatómo patologista, sí, ser siempre rigurosamente objetivo en sus juicios y procedimientos.

Y, andando el tiempo, cuando vea que la patología

progresa y crea que palidece la figura de Rudolfo Virchow, padre y maestro de este ramo, y con él, de la medicina moderna, enunciando su inmortal axioma de: «Omnis cellula a cellula», y estudiando la esencia patológica de este pequeño organismo, que no es ya el término de la substancia creada, sino sólo un compuesto de infinitos elementos imponderables, que en su incansable manifestación de fuerza, representan la vida, no olvide tampoco que no por eso hemos de desconocer su genio, ni la influencia que ejerció en el desarrollo de las ciencias médicas, como lo acaba de expresar uno de sus más fervientes discípulos.

Y por lo que toca a Francisco Puelma Tupper, al recordar este profesor, el día de la inauguración de su cátedra en la Escuela de Medicina de Santiago, la inscripción del frontis de un instituto extranjero de este ramo, insinuó un deseo, que para honra suya se ha cumplido satisfactoriamente en nuestro país.

«Hic locus est ubi mors gaudet succurrere vitae». (1)

(1) «Este es el lugar donde la muerte se congratula en aliviar o socorrer a la vida».